

UN MANUSCRITO INÉDITO DE MARCHAS MILITARES  
DE ENRIQUE GRANADOS EN LA REAL BIBLIOTECA  
Óliver Curbelo

El manuscrito musical con signatura MUS/MSS/862 conservado en la Real Biblioteca contiene las partituras autógrafas de cinco marchas militares para piano de Enrique Granados, tres de las cuales habían permanecido inéditas hasta ahora.

Estas *Marchas militares*, obsequiadas por Granados al rey Alfonso XIII en 1904, se encuentran encuadernadas en carpetilla de pergamino, con escudo real, rosas y letras de estética modernista pintadas al agua. El contenido asciende a veintitrés páginas de música manuscrita; todas las partituras están firmadas por el autor.

De las cinco marchas, únicamente habían sido editadas la conocida como *Marche Militaire pour le piano*, op. 38, (publicada por G. Schirmer en 1914) y la *Marcha militar nº 2* que se editó por primera vez en la colección *Integral para Piano* de Enrique Granados, publicada por Boileau. Estas marchas militares fueron catalogadas, junto con otra atribuida a Granados, con el número DLR III: 23. La numeración de la marcha militar es una licencia para ordenar las marchas publicadas, puesto que el manuscrito de copista del que parte la edición la numera como IV.

De estas dos marchas militares solo se conocía la existencia de los manuscritos de copista que en la actualidad se encuentran en el Fondo Enrique Granados de la Biblioteca de Catalunya (antes propiedad del Centre de Documentació Musical de la Generalitat de Catalunya). Allí aparecen tituladas con los números dos y cuatro por lo que durante muchos años se han buscado las restantes, que habían llegado a darse por perdidas. Debe tenerse en cuenta que el propio Granados corrige las numeraciones, convirtiendo la marcha número dos en op. 37 –finalmente se publicó con la referencia op. 38– y la número cuatro en la quinta.

Antonio Iglesias [*Enrique Granados (su obra para piano)*, vol. II, Madrid, Alpuerto, 1986] hace referencia a «seis marchas militares» como total de las escritas por Granados, incluyendo en ellas las compuestas para piano a cuatro manos. Manifiesta que todos los esfuerzos realizados para encontrar la totalidad de las marchas han resultado inútiles y conjetura que son cuatro las escritas para piano solo.

Completar la pesquisa de Iglesias, es decir, localizar las partituras ausentes, pasaba por considerar el nombre del dedicatario de las marchas militares para piano a cuatro manos, el rey Alfonso XIII. La información aportada en el catálogo en línea de la Real Biblioteca me permitió reconocer la posibilidad de estar ante un inédito [cfr. además *Catálogo de música manuscrita: volumen I*, Madrid: Fundación Caja Madrid, Patrimonio Nacional, 2006, núm. 610]. El estudio posterior del original confirmó que, entre las cinco marchas conjuntamente encuadernadas para formar este ejemplar ofrecido como regalo al rey, hay tres nuevas marchas militares de Enrique Granados.

Las marchas numeradas como 1 y 3 en el ejemplar de la Real Biblioteca corresponden a la versión para piano solo de las *Dos marchas militares* escritas para piano a cuatro manos y también dedicadas a Alfonso XIII. Las numeradas como 2 y 5 son las ya publicadas en la *Integral para Piano* de Enrique Granados. Por lo que respecta a la marcha militar número cuatro, representa una obra totalmente inédita del compositor catalán.

Este hallazgo permite resaltar la incursión de Granados por el género de las marchas militares, muy conocido por motivos familiares, y su relación con el rey Alfonso XIII.

## A V I S O S



PORTADA DEL MS. MUSICAL RB MUS/MSS/862

Josefa Badía Herrera

LOS PRIMEROS PASOS EN LA COMEDIA NUEVA.

TEXTOS Y GÉNEROS EN LA COLECCIÓN TEATRAL DEL CONDE DE GONDOMAR

Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2014

Abordar una muestra representativa de la producción dramática áurea de finales del siglo XVI desde la perspectiva del análisis de los géneros en obras de contenido profano es el propósito que inspira este estudio. Una reflexión sobre la tipología genérica sirve de guía para adentrarse en el examen formal de un *corpus* de manuscritos teatrales que pertenecieron al conde de Gondomar (1567-1626), hoy repartidos entre la Real Biblioteca y la Biblioteca Nacional. Los elementos examinados atienden a «la construcción de la acción dramática, los mecanismos de los que se sirve el dramaturgo en la elaboración de la trama, así como las principales líneas de impulso que dotan de significación a dichos textos y su vinculación con el género» (pág. 16). El género, pues, entendido de manera funcional pero útil como unidad de análisis, servirá de marco para considerar una serie de rasgos esenciales –y no exclusivamente temáticos– que tendrán en cuenta las semejanzas y diferencias con que las obras estudiadas se sirven de los personajes y del espacio, del tiempo y de la acción hasta obtener paradigmas que permitan advertir tendencias y consolidaciones de diversos estilos dramáticos. El estudio así planteado pretende aislar temas, motivos, secuencias básicas reiteradas y su particular significación según el contexto en el que se inscriben, además de calibrar el grado de permeabilidad de todos esos recursos sin que su empleo variable desdibuje la esencia de los géneros, en un intento de comprender por qué se produjo la evolución que conducirá al triunfo del modelo teatral conocido como *comedia nueva*.

Para abordar este examen –del que quedan excluidas las muestras teatrales de inspiración religiosa– la autora parte de la división en macrogéneros establecida por Joan Oleza –véase al respecto la bibliografía del volumen–, que distingue entre drama y comedia, «alternativos no solo respecto a la propuesta espectacular que ponen en marcha sino también, y sobre todo, en su actitud respecto al público que convocan». Se trataría de un público consciente de los géneros que «se situaba ante cada espectáculo con las expectativas propias de cada género» (pág. 18) y que, por tanto, podría servir de base para elaborar una teoría de la recepción de las obras y de sus propósitos concretos: el drama, en su pretensión de representar conflictos ejemplares y ofrecer soluciones moralizantes; la comedia, esencialmente lúdica, incluso amoral, más abierta al enredo y a los juegos de la ambigüedad y la irreverencia.

*Textos y géneros en la colección teatral del conde de Gondomar* incluye el análisis de dieciséis dramas y veinte comedias. La autora procede con la voluntad de que su clasificación no derive en un censo ni en la promulgación de un paradigma que admita el encasillamiento de las obras, repartidas según criterios formales preestablecidos. La asignación de media docena de etiquetas para organizar temáticamente este *corpus* –dramas: caballerescos, mitológicos y palatinos; comedias: urbanas, palatinas y pas-

toriles—, es una simple cuestión de método, la postulación de un paradigma crítico que permita al investigador considerar las obras en su contexto así como analizar sus particularidades sin confundir lo que pueden ofrecer de singular o de aislado con los elementos derivados de asumir una preceptiva dictada por las exigencias de un género. Con esa precaución metodológica, reconoce la autora, «correremos un riesgo menor de producir lecturas excesivamente cargadas de interpretación personal que se alejen de la red textual en la que se inscriben [las obras]» (pág. 17).

La producción dramática recogida en los manuscritos con signatura II/460 y II/463 de la Real Biblioteca, el Ms. 14767 de la Nacional y las copias sueltas que adquirió en su día Cayetano La Barrera (cfr. pág. 12 para sus firmas), todos ellos procedentes de la librería del conde de Gondomar, supone un legado de la mayor importancia para documentar las tendencias escénicas de las dos últimas décadas del siglo XVI. Gracias a la publicación de Josefa Badía Herrera podemos saber que el *corpus* mencionado atestigua la afirmación progresiva de una tendencia que pudo ser la norma del espectáculo teatral que se representaba o se leía en los años postreros del Quinientos: una gradual invasión de los mecanismos propios de la comedia en la composición de los dramas. La conclusión es particularmente significativa porque, en palabras de la autora, «refleja una tendencia propia en el periodo de gestación de la *comedia nueva*, según la cual los dramaturgos se apartaban de la tradición trágica anterior y apostaban por una concepción de los espectáculos marcados por una composición estructural propia de la comedia, independientemente del horizonte interpretativo de las obras» (pág. 354).

A partir, pues, de un grupo de textos, en su mayoría de dramaturgos anónimos —con las prestigiosas excepciones de Lope de Vega, Cervantes y Francisco de Tamayo—, la colección de manuscritos teatrales reunida por Gondomar constituye un testimonio de primer orden para documentar el asentamiento de la *comedia nueva* como solución dramática mejor aceptada gracias a su naturaleza eminentemente tragicómica y a su división en tres actos frente a la herencia de obras en cuatro partes. La treintena larga de dramas y comedias examinadas confirman el abandono de un teatro menos propenso a la comunidad de recursos propios de cada género en la composición, un cambio sustancial, entre otros, que ya había sido documentado en la producción particular de Lope de Vega.

A la vista del conjunto de obras dramáticas reunidas por Gondomar y según la clasificación genérica propuesta por Badía Herrera, hay dos géneros que predominan sobre el resto: las comedias palatinas y los dramas histórico-legendarios. Estos últimos incluyen, a su vez, un grupo bien definido de dramas descritos como «genealógicos». Tal vez no sea posible extraer de este predominio la conclusión de que a don Diego le interesara particularmente el tratamiento ficticio de algunas cuestiones tanto históricas como políticas que, con el amparo de una ambientación más o menos fabulosa o legendaria, se permitían exponer ante el público preocupaciones relacionadas con la situación real del momento. Pero la posibilidad existe y Alfredo Hermenegildo la ha señalado como una tendencia constatable en ciertos autores a la hora de abordar ciertos temas: «es curioso señalar que en un momento de evidente centralismo absolutista, son escritores de la periferia peninsular, de los reinos que rodean a Castilla, los que abren sus obras a la problemática del abuso del poder (Bermúdez, Argensola, Cueva, Virués) y lo censuran violentamente, presentando reyes tiranos y figuras de insano comportamiento público» (pág. 44). Esta consciencia ideológica, que buscaría algún refrendo en su representación dramática, debería hacernos reflexionar sobre el valor testimonial de la librería de don Diego, en la que, por cierto, están bien representados esos autores periféricos —especialmente los Argensola y Cristóbal de Virués— críticos con algunos abusos de la monarquía y de la nobleza más poderosa, y con los que don Diego tuvo incluso trato personal (cfr. cartas II/2152, 27, II/2168, 198, II/2189, 9 y 16). La familiaridad acabaría prolongándose con la adquisición de obras de esos mismos autores para su propia librería. Don Diego, sin menoscabo de su lealtad como servidor de la corona, no se abstuvo tampoco de exponer pareceres críticos con la monarquía. Acaso la prueba más fehaciente de esta actitud sea su implicación directa en la pretensión de recuperar el derecho a voto en Cortes para Galicia. Después, durante su estancia en Londres, vendrían los informes sobre la deficiente gestión española en el concierto matrimonial entre el príncipe de Gales y la infanta María, o sobre la debilidad naval de España como fuente de desprestigio bélico, o sobre la costumbre nefasta de pensionar a nobles ingleses por ganar sus voluntades, o, en fin, sobre la poca efectividad de las cifras españolas a la hora de preservar el secreto de la correspondencia oficial de la embajada. Su perspicacia, su sentido crítico y su sinceridad le costaron la antipatía del Conde-Duque. Ahora es tentador pensar que, fuera de sus decepciones y fatigas cotidianas, don Diego buscara, por ejemplo en la lectura de *Las grandezas del Gran Capitán* [II/460 (4)], el consuelo de cierto parangón literario con una figura heroica nacional, objeto de las suspicacias del rey Fernando por su gestión en Nápoles, pero presentado en el texto como símbolo de una conducta ejemplar, digna de la aclamación del público en su representación sobre las tablas.

#### PALMIRA O LA SABIDURÍA DE LA ANTIGÜEDAD

En la Real Biblioteca se conserva una obra de relieve sobre la antigua ciudad siria de Palmira, llamada desde tiempos preterritos «la perla del desierto». Se trata de la obra del anticuario y político inglés Robert Wood, impresa en Londres en 1753 tanto en inglés como en francés. El ejemplar de la RB (VIII/M/137) corresponde a la tirada en francés. Mantiene su encuadernación original en becerrillo avellana con la lamera cuajada y lleva el exlibris de Fernando VII, una marca de propiedad adherida a multitud de volúmenes de la biblioteca palatina hacia 1817, por lo que podemos inferir que su ingreso es anterior. La obra de Wood aparece, efectivamente, referenciada en los índices de la librería de Carlos IV (1799-1801), concretamente en el volumen tercero (II/2613, sin foliar), donde se asienta con el título de «Ruines de Palmyre...» y sin mención de autor,

cuyo nombre no figura en la portada sino en la firma del prefacio. Dado que *Les ruines de Palmyre* no constan en el inventario correspondiente a los libros de Carlos IV cuando era Príncipe de Asturias (1782-83, RB II/2615), ni en los de Carlos III (II/2948 y su *Suplemento*, en II/2072), podemos concluir que se adquirió para Carlos IV entre 1783 y 1799.

*Les ruines de Palmyre, autrement dite Tedmor, a u desert* (Londres, Chez Millar, 1753), pese a su formato, no es libro frecuente en bibliotecas históricas de España. Aparte del ejemplar de la Real Biblioteca, solo se localizan otros representantes de la misma edición en seis sedes: la Biblioteca Nacional (ER/1198), la Biblioteca Histórica de Santa Cruz de Valladolid, la Biblioteca del Senado, la de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la del Ministerio de Asuntos Exteriores y la Biblioteca de la Universidad de Navarra.

Robert Wood, nacido hacia 1717 y formado en la Universidad de Glasgow, pronto se sintió fascinado por los relatos homéricos. Esa atracción le llevó a viajar asiduamente por el Mediterráneo. A partir de 1742 inició una serie de viajes que incluyeron estancias en Venecia, Grecia y Egipto. En 1750, acompañado por dos eruditos de Oxford, James Dawkins y John Bouverie, que moriría de fiebres en el trayecto, partió hacia Palmira, a donde llegó en marzo de 1751. Se les sumó el dibujante italiano Giovanni Battista Borra, cuyo trabajo fue decisivo en el resultado final de *Les ruines*. Visitaron también Baalbek, antigua ciudad situada en el Líbano, emplazamiento asimismo de restos muy importantes de edificaciones romanas. Fruto de estos trabajos son las ediciones de 1753 sobre Palmira y la posterior de 1757 sobre Baalbek. Ambas son fundamentales en lo relativo al primer conocimiento de la arquitectura antigua de Oriente Medio en Europa e influyeron en la consolidación del neoclasicismo arquitectónico durante el resto de centuria.

Tras sus numerosos viajes, Robert Wood desempeñó altos cargos políticos en Gran Bretaña, donde llegó a ser miembro del Parlamento desde 1761. Pero su interés por Homero no decayó nunca y en 1765 publicó un ensayo sobre el poeta. Tuvo estrecha relación con Horace Walpole, quien lo definió como un excelente erudito clásico y elogió sus ediciones. Wood falleció en 1771, pero su obra siguió reeditándose y acabaría reunida en una edición conjunta por vez primera en 1827. Las inscripciones que figuran en los grabados de la obra sobre Palmira fueron editadas de forma independiente, y con traducción al inglés, en un estudio de 1830. La influencia de la obra de Wood se observa en otras posteriores como el *Voyage pittoresque de la Syrie* de Louis François Cassas (1799), o en el viaje de Volney, *Voyage en Syrie et en Égypte...* (Paris, 1787; RB IV/2457-58). La deuda es tan notable que Volney comenta en su *Voyage* la expedición de Wood, repasa su obra y reproduce la gran vista de la ciudad que apareciera en *Les ruines* si bien en formato muy reducido para acomodarla al octavo de la edición (cfr. vol. II, p. 255ss).

Tras el prefacio de presentación de Wood, *Les ruines* prosiguen con una disertación copiosamente anotada sobre la ciudad en la Antigüedad. Se ocupa a continuación de las inscripciones y termina con un breve relato del viaje que le llevó a Palmira. Sigue la parte iconográfica, las cincuenta y siete calcografías que con exquisito gusto muestran vistas generales y parciales de los templos y edificios, plantas, detalles de las columnas y sus capiteles, frisos, suelos, etc. Muchos de estos grabados que reproducen piedras talladas crearon tendencia artística y no pocos interiores de palacios, palacetes y grandes mansiones dentro y fuera de Gran Bretaña, recrearon en su decoración el estilo que reproducían las láminas incluidas en *Les ruines de Palmyre*. En la realización de las planchas intervinieron cuatro grabadores: Pierre Fourdrinière, Tobias Müller, Thomas Major y Louis Chambaud. Todos trabajaron sobre los precisos y preciosos dibujos de Giovanni Battista Borra (1713-1770). La elección de Borra fue muy afortunada pues llevaba veinte años dedicado al dibujo de arquitectura y era un arquitecto-ingeniero avezado en la historia de la arquitectura civil. Sus dibujos de la expedición a Palmira se conservan hoy en el Royal Institute of British Architects, y los *sketchbooks* realizados en sus viajes perviven en la Society for the Promotion of Hellenic Studies de Londres.

El apogeo de Palmira está unido al de la Ruta de la Seda, por más que ya tuviera dos mil años de historia para entonces. Tras ser conquistada por Alejandro Magno, recibió la gran influencia helenística de los seleúcidas, sucesores del macedonio. Al convertirse en provincia romana y decaer Petra, la capital nabatea, floreció como nudo comercial y cosmopolita, hasta que, convertida la región en provincia romana, con capital en Antioquía, se benefició de un desarrollo urbanístico fruto de la prosperidad referida. Pasada la mitad del s. III, y tras el asesinato de su gobernador, Septimio Odeonato, su viuda Zenobia, heroína popular, se erigió en reina. Guerreó contra Roma tras convertir el territorio en un imperio con capital en la propia ciudad, agrupando tierras de Siria-Palestina, de Egipto y otras zonas colindantes. Su gobierno fue efímero: en el año 273 el emperador Aureliano volvió a controlar toda el área tras apresar a la mítica Zenobia y sofocar una segunda revuelta. En el año 634 la tomaron soldados del recién nacido Islam, pero entonces fue respetada y sobrevivió hasta el terremoto del año 1089, que supuso el fin del asentamiento porque no volvió a poblarse.

Con posterioridad a Wood tuvo Palmira otra ilustre visitante inglesa, lady Hester Stanhope (1776-1839), viajera romántica que acabó residiendo entre los restos de la misteriosa ciudad, por lo que sería llamada «la reina blanca de Palmira». Al mito de Zenobia se sumó el suyo, haciendo de Palmira para el occidental contemporáneo una ciudad fascinante de la Antigüedad a mitad de camino entre la historia y la leyenda.

Los grabados de la obra de Wood son fiel reflejo del aspecto de Palmira a mediados del XVIII. Junto a los restos de sus edificios, así se conservaba hasta nuestros días que han sido testigos de la bárbara destrucción de los templos de Baalshamin y de Bel. El primero se dedicaba al culto de Baal, dios de la lluvia y la fertilidad entre los cananeos, sus principales adoradores.

Su culto se remonta al tercer milenio antes de Cristo y de hecho, Baalbek, la ciudad antigua que visitaron Wood y Borra en su expedición tras su paso por Palmira, tiene su origen en asentamientos cananitas que dejaron su rastro en la toponimia de la ciudad. El templo de Bel, erigido el año 32 d. C., sustentado en sus enormes columnas, se había mantenido en pie hasta ahora. Ambos, con dos mil años de edad, han dejado de existir al igual que el denominado «León de Al-Lat», poderosa figura hoy solo existente en fotografía. Con tres metros de altura y quince toneladas de peso, recibía orgulloso al visitante del Museo de Palmira, a sus puertas, desde que en 1977 hubiera sido descubierto. Tras superar los veinte siglos de historia, fue objeto de una destrucción de minutos alentada por el fanatismo religioso este año de 2015. El mismo triste destino han sufrido el Museo de Mosul, Hatra y Nimrud.

Valgan estas líneas de homenaje a Palmira y su cultura grecolatina que contrasta de forma hiriente con la incultura fanática de quienes están destruyendo la que se llamó desde antiguo «perla del desierto».

JALED ASAAD IN MEMORIAM

## HUMO

Pablo Andrés Escapa

*Para Concha Lois*

Quien por correr mundo haya creído que lo tiene visto todo, es que no supo regresar como es debido. A mí, que ya he dado siete vueltas a los siete mares alimentando la caldera de un vapor y casi tantas a toda la tierra firme, siempre me pareció que aquello de ver ponerse soles uno y otro día desde el puente de una nave, en algún confin remoto, era función menos amena que abrir la puerta de la cocina, de vuelta a la aldea, para saludar al fuego que seguía allí temblando como el día de marchar.

Por esos mares que digo era yo quien me ocupaba de tener la llama siempre viva, sobre todo de que no faltara lumbre cuando tocaba enfrentarse a olas que quisieran dejar sin alma a la caldera, con un lengüetazo de sal. Pero esa brasa de poco sirve para entrar en fantasías, que únicamente trae cuenta de no desfallecer por vivir más que el vendaval que amenaza con llevarnos. Y uno tiene que enrabiarse por encima de la galerna, una lumbre muy pequeña en medio de un océano pero capaz de sujetar un rumbo con firmeza y de llevar prendidos en su aliento, como entre ascuas, todos los corazones que luchan por sobrevivir. Poco saben esos fogonazos sostenidos a paladas de la otra lumbre que se aviva con el mundo en calma, bajo una chimenea inmóvil y solo por el gusto de soñar.

Fíjense: no es hasta que uno se sienta junto al hogar sin otro oficio al que atender que el de dejarse las pupilas en las llamas, como quien le acepta un baile al fuego que emborriona la mirada y la pierde entre enredos de humo, que vale algo lo que se ha visto muy lejos. Cada vez que he regresado después de años de marear, sin ceder una jornada al puro ensueño ni una hora al abandono, no tengo más que acercarme a la lumbre de casa para que empiece a desatárseme la imaginación. Y la lengua. Entonces, frente a la intriga de las llamas, me pongo yo a recordar prodigios y novedades que no me parecieron de tanto mérito cuando los tuve frente a mí. Pero no crean que echo cuentas de lo perdido ni de lo pasado sin sentir, que ya es olvidar antes de tiempo. De algo ha de valer la fantasía. ¿No reparé bastante en no sé qué fiera espantable que nos salió al paso en la isla de Diranda? Tengo ahora, frente al fuego del hogar, la ocasión de rescatarla, y de afirmarla en sus detalles como mejor me parezca, añadiéndole patas y quitándole rabos, o pintándole manchas que no sé si tuvo nunca y haciéndole brotar de la garganta una voz de arpa que levantaba un viento favorable para navegar. Y entonces, cuento que con esa música en la memoria navegamos siete meses sin estorbo, dejando un estela de espuma que podía ararse con los dedos a la ida para recoger en el viaje de vuelta, sin necesidad de siembra alguna, una cosecha de cuerdas de plata. Hay noches en las que el fuego parece entregárseme con tal ingenuidad que dudo si no será mi voz la que alimenta su espíritu o más bien será todo lo contrario: que es la confianza que dan las llamas lo que acaba invadiéndome para ponerme palabras en los labios que arden en las miradas de los que me escuchan, hasta hacer un gran rescoldo de la noche. Y allí, lo último que se apaga bajo las estrellas encendidas, es una voz. Luego, en el silencio que nos va retirando a todos en busca del sueño, sentimos palpitante la noche sobre nuestras cabezas, como si fuera un inmenso animal dormido que rumiara el ensalmo de las palabras apenas pronunciadas. Y sale uno a la puerta de casa a despedir a los oyentes por verlos alejarse con su andar recogido. Rara es la ocasión en la que alguno no se vuelve para decir adiós antes de desaparecer en la noche. Y por encima de todos, los que se van y el que los mira, la chimenea alarga la fábula de lo recién contado mecendo un humo blanco cielo arriba.

Les digo todo esto porque acaso no hayan escuchado nunca una historia junto al fuego de una cocina después de una ausencia muy larga. Y porque yo mismo necesito convencerme de que fue esa hermandad, tanto como mi imaginación, la que hizo milagroso el cuento que se me ocurrió aquella noche. Les diré también que la nieve, que cubría árboles, casas y montes hasta donde alcanzaba la vista, tuvo su parte en el encantamiento que nos envolvió a todos, especialmente a Ventura. Y ahora que lo menciono, dudo si no habría sido mejor empezar por ese nombre y pasar seguido a la nieve, el fuego y la cocina de mi tía Asunción la noche en la que entró Ventura y se sentó a escuchar junto a la lumbre. Pero bien sé que es más fácil corregir el rumbo torcido de una nave, por más que el mar azote, que enderezar los caprichos de un cuento que no quiere echarse al mundo sin su ración previa de avisos y promesas. Solo imaginen la noche blanca, como un mar inmóvil de espuma, y en algún rincón humilde de aquel regazo hecho de nieve, una lumbre pequeña en una cocina, con las llamas y los ánimos atentos a escuchar.

Había yo desembarcado la última semana del año y dejando atrás puerto y adioses que bien pudieran ser definitivos, tal es

el azar con que se arman y desarman las tripulaciones, crucé riberas, atravesé montes y seguí caminos hasta llegar a mi aldea, que es lugar de mucho retiro. Entré en casa con enero recién estrenado y alentando un frío de hielo. Me recibió mi tía Asunción, alivio de navegantes y consuelo del huérfano que he sido desde niño, a mesa puesta y con un pañuelo muy blanco en el puño, donde en una punta que asomaba entre los dedos iba a morir la lágrima que siempre se le desbordaba en el reencuentro. Pasé empujado ya por los primeros copos, y sin tiempo de quitarme el abrigo, me llevó ella a una ventana para que mirase, mas no por renovar esa sensación de amparo que da ver nevar bajo cubierta, sino por descubrir a un desconocido que atendía a las nubes delante de una chabola. «Ventura», declaró mi tía en un tono que me pareció de nerviosismo, acaso de preocupación. Había llegado con los últimos días del verano, y en aquel terreno que daba ya a monte y que mi padre perdiera poco antes de morir en una partida de cartas, se había instalado en la que fuera una antigua caseta de leña y herramientas. Por lo visto estaba a la espera de que viniese la familia. «¿Y dónde la dejó?», le pregunté a mi tía. La vi mirarme con algo de incomodidad, mientras traía el pan a la mesa. «Yo no sé, hijo, pero viéndole la cara la tendrá en África lo más cerca». Luego, apelando a mi condición de hombre de mundo, me pidió que hablara con él porque apenas le entendía una palabra. Quería ella advertirle de unas cuantas conveniencias propias del país, empezando por cómo calzarse las madreñas, siguiendo por el arte de poner el caldo y acabando por el modo de atender las berzas que tenía sembradas porque —esto lo dijo entre impaciente y pesarosa—, bien se echaba de ver, sin necesidad de acercarse, que le faltaba mano para el huerto. Miré de nuevo a aquel vecino inesperado, hundido bajo un abrigo que le sobraba por todas partes. Me pareció que temblaba bajo el paño. Y fue en aquel escrutinio más detenido cuando reparé en que el rostro del hombre era igual de oscuro que la sombra que llenaba la capucha con la que se cubría, en cuyo fondo, dos ojos tan abiertos que parecían dos faros solo blancos, miraban con asombro al cielo nevador.

Esa misma tarde me presenté ante Ventura llevándole un cordel de parte de la tía y el encargo de que atara con él las berzas por hacer más tierno el repollo. Supe que había navegado hasta allí zarpando de Cabo Verde, al reclamo de las minas de carbón. Trabajaba para el dueño del terreno y la caseta que fueran de mi padre. En un portugués que no me costó adivinar, porque era el de muchos navegantes que yo había cruzado en mis derrotas, entendí también que su familia estaba de camino: la mujer y un hijo que debía nacer pronto. Eso lo dijo volviendo a mirar el cielo del atardecer, que cada vez parecía estar más cerca de la tierra derrumbándose en copos que borraban todos los caminos.

Aquella noche el mundo se hizo blanco y desapareció el horizonte. A donde se mirase no había más que nieve. Tanta llegó a juntarse que el suelo y los tejados se abrazaron para estrenar un nuevo reino que abolía las ventanas. Fue así, bajo el peso de la nieve acumulada, como empezó a vivirse en una suerte de deslumbramiento sigiloso, perdidos en una oscuridad azul que invadía el interior de las almas y de las cocinas. El temporal se prolongó y pronto perdimos la cuenta de los días, sumidos en un estado de tranquilo desconcierto donde las horas de vigilia se confundían con las del sueño sin que las campanadas de los relojes resolvieran el tránsito del día y de la noche.

No sabría ponerle fecha ni hora precisa al primer sobresalto de aquellos días sin huella. Pero lo recuerdo bien: fue el vozerón del alguacil saludándonos por la chimenea. «¡Salió el sol!», gritó con fuerza. Mi tía perdió el punto que llevaba en la labor y dio un respingo que me sacó a mí de la siesta. Pronto aquella conversación en la que una voz se interesaba por las novedades de una casa y daba razón de las suyas, desató una urgencia por hablar y saludarse que llevó a todo el vecindario a abrir sendas sobre los tejados y a mantener conversaciones muy animadas por las chimeneas. A unos nos entretenían el desayuno con la lectura de una hoja arrancada al calendario del Sagrado Corazón y a otros, menos conscientes del día y del momento, los sacaban del error de estar cenando a deshora, que era media mañana y tocaba almorzar. Pero no creo que nadie supiera con seguridad el día en que vivíamos.

Yo no quise ser menos e hice senda aérea hasta la cabaña de Ventura. Salí por el balcón a golpe de pala, sudando como si hubiera vuelto a la caldera del barco. No me recibieron las llamas del horno pero el sol, ardiendo sobre la nieve, bien podía reñir con aquel fuego que yo sabía sostener sobre las olas. Y ahora, atiendan a la novedad: en mi viaje sobre los tejados, pude ver que el humo de las chimeneas declaraba el ánimo de cada casa. Unas echaban a volar una nube densa y muy negra, acaso amarga; otras teñían el aire con una alegría contagiosa, como si la humareda convidara al cielo con cabriolas; de casa de Albina el humo ascendía dibujando un pan creciente, igual que si festejara su buena mano con las empanadas, y la de Eusebio y Benilde, que se habían casado la semana de mi llegada —con ella tenía que haberme quedado yo de no haber sido tan botarate, me recordó la tía al darme la noticia—, levantaba un humo dormido con un abandono que hacía pensar en un rebaño de mantas puestas sobre sábanas de hilo recién salidas de un arcón. El humo de casa era ordenado como una cuenta de rosario, o como los puntos en el costureo de la tía, y con alguna zozobra en sus evoluciones que debía ser influencia de sueños míos dejados junto al hogar. Con un pie ya en la joroba nevada que había de ser el tejado de Ventura, observé de cerca su chimenea: humeaba a medio gas y sin aliento, igual que si faltara ánimo en su interior. Le di una voz y no tuve respuesta. Entonces, quién sabe si porque aquella marea de tejados emergiendo de la nieve con sus chimeneas como surtidores me hizo pensar en una junta de ballenas resoplando al viento, me acordé de un grito que le había oído una vez a un marinero de Azores: «¡Heróis do mar, levantai o braço vencedor!». Y fue lo que grité por la chimenea. Desde dentro, una voz que parecía un lamento, como solo las voces portuguesas saben llorar, respondió: «levantai, sí, mas não chegan os meus». Invité a cenar a aquel hermano al que no le llegaba la familia con el temporal. Y volví a casa alegre y dando un rodeo, figurándome caminos que eran jorobas de ballenas blancas todavía sin hollar.

Cenamos los tres muy reposadamente: el negro Ventura, mi tía Asunción y yo. De los alimentos que desfilaron por aquella

mesa nada diré, salvo el grandísimo aprecio que mi tía, poco dada a heterodoxias, le hizo a un cuenco con naranjas de la China que había traído yo de mi último viaje. Y se me ocurre ahora que debió ser justamente la nación de las naranjas lo que me inspiró la historia que empecé a contar, ya sentados los tres frente a la lumbre. Aunque, a decir verdad, no hubo de tener menos parte en la invención la nieve que nos tenía prisioneros, que en seguida me vi pidiendo a mi auditorio que imaginara una celda del tamaño de nuestra cocina, sin nieve que estorbara la fuga pero con rejas y penumbras impuestas sobre los que allí estábamos presos por orden del Gran Emperador de la China. «Era, como hoy, la víspera de Reyes», eché cuentas favorables a mi propósito, por más que no supiera el día en que vivíamos, pero noté que las llamas aprobaban estirándose atentas a lo que había de venir. «Entre los prisioneros de aquel gran señor que tiene palacio y pagoda de dragones dorados en Pekín, había uno de los tuyos», dije mirando a Ventura, «un fogonero que se llamaba Babani». Trabajábamos juntos. Era un hombre fuerte y de pocas palabras, de los de fiar. Mientras todos nos quejábamos de aquella prisión y de la mala suerte de nuestro destino, que por desconocer la causa del encierro solo servía para inspirarnos pensamientos amargos, él callaba. Yo le pregunté una vez, viendo que llevaba días en un rincón y haciéndolo más triste que al resto porque no decía una palabra: «¿qué tal vamos, Babani?»; y él contestó: «más fresco que en la caldera». Vi sonreír a mi tía, y que asentía como quien aprueba. A mí, en cambio, no se me ocurría espacio más angustioso que el de aquella celda para pasar el tiempo. Preguntábamos al carcelero por nuestra suerte y no había respuesta. Si era la razón de nuestro encierro lo que pedíamos saber, nos mandaba callar. Ya convencidos de que nada se nos dejaba entender porque éramos víctimas de alguna misteriosa maquinación del dueño de la China que incluía el silencio en su amenaza, dimos en tramar cómo escaparnos de allí. Mas no había manera de conspirar ni de ponerse manos a la obra tratando de roer los bordes de una tronera o de tentar la flaqueza de un barrote, porque siempre había un soldado de guardia. Algunos compañeros gritaban de desesperación ante el paso inútil de las horas; otros se herían las uñas labrando calendarios en la cal de las paredes que pusieran plazo al cautiverio. Y murmurábamos y comíamos y soñábamos y dábamos vueltas al contorno de la celda con el guardián siempre puesto de cara hacia nosotros. «Ganas pasé yo», le dije a mi tía, «de hacer alguna payasada para aquel espectador tan impasible». Ella suspiró al tiempo que se volvía hacia Ventura en busca de un consenso que ilustró con un devaneo de las manos junto a la cabeza, para aclarar con mucha gravedad: «a este sobrino mío siempre le fueron los esparavanes». Pero Ventura no se inmutó. Yo bien veía que sus ojos reclamaban más historia porque me miraban muy abiertos, haciéndole sitio al baile de las llamas en su centro. De modo que cuando separó los labios para decir «¿y Babani?», sentí que en su ruego cabían las demandas de la curiosidad propia y las embajadas del fuego por seguir ardiendo con palabras. «Babani, después de aquella primera impresión que le causó la celda, no volvió a decir una palabra», respondí yo. Vivía perdido en sus pensamientos y ni siquiera levantó la cabeza, que siempre la tenía apoyada en los brazos y vuelta a la pared, como si soñara de espaldas al mundo, el día que golpeó la reja nuestro carcelero. Aún vibrante el hierro, habló el centinela para comunicarnos la decisión del Gran Kan. El dueño de la China había dispuesto que a la mañana siguiente, que era el seis de enero del calendario consagrado al culto del gallo en aquel remoto suelo, nos cortarían la cabeza apenas cantara la divinidad. «Precisamente el día de los santos Reyes», recuerdo que pensé yo. Y lo dije mirando de reojo a la tía, a la espera de alguna censura suya sobre mi falta de buen juicio en plena adversidad. Pero no pestañeaba. Y Ventura tampoco. De manera que seguí con el cuento, y me pinté triste, como los demás, abrazándonos todos por rebajar con los afectos el rigor de un castigo del que ya ni se pedían explicaciones. Después de haber perdido la cuenta de las marcas hechas casi con sangre en la pared, de pronto importaba solo la inminencia de un plazo, el de la última raya que nos quedaba por vivir. Apesadumbrados, con el pobre consuelo de sabernos juntos en la misma calamidad, nos fuimos quedando cavilosos y sentados por el suelo, entregados al abandono de los últimos recuerdos que nos consolaran ya la poca vida. «¿Cuánto pensé yo entonces en usted y en que no volvería a abrazarla en esta cocina, tía!», rematé antes de sonarme la nariz. Y la tía sacó también el pañuelo y me acompañó en un gesto que alargó algo más, porque acabó subiéndolo a los ojos en un vuelo muy disimulado para secarse una lágrima, antes de dejarlo previsoramente a mano en el borde de la silla.

«Desde que nos anunciaran la condena», proseguí, «nadie rompía ya aquella reserva en la que nos habíamos sumido, que era como un disimulo colectivo ante la adversidad». El caso es que quizá al amanecer, y a lo mejor no mucho antes de que cantara el gallo, Babani, que no había hecho ni por abrazarnos cuando a todos nos animó unirnos en la despedida, se puso en pie. Nos miró desde su altura con mucha calma, uno por uno. Tenía en los ojos una fiebre que a mí me recordaba a la victoria del horno cuando lo desborda la llama y se sabe dueño del huracán. Con esa pasión miró a lo alto. Y estando así, alzó los brazos hacia la bóveda oscura de la prisión en un gesto que más parecía de ofrecerse al cielo que había de cubrir al mundo entero por encima. Entonces dio tres palmadas poderosas. También yo las di, muy reposadamente. Y no exagero un punto cuando digo que en la cocina de mi tía las llamas dejaron de moverse apenas dados los tres golpes.

Aún se estaba en el aire el eco de las manos recién batidas cuando vimos que el guardián dejaba caer su lanza. Retrocedió perseguido por un resplandor que, poco a poco, fue saliendo de las estrechuras del pasillo para inundar el pie de la reja. Era como si el sol negara las prisiones alumbrándolo todo en su camino. Y cuando los cautivos nos habíamos replegado hasta dar con la espalda en lo más profundo de la celda, también recelosos de la luz recién llegada, surgieron de su entraña blanca tres caballeros muy barbados, los tres fumando en pipa de larguísima caña, que a mí me pareció de nácar por sus fulgores, y muy tiesos en lo alto de unas caballerías que nadie se explicaba cómo habían podido pasar por las angosturas del corredor que cruzaba la muralla hasta la celda. Sin decir palabra, los tres fumaron con parsimonia de las pipas y cerrando los ojos juntaron humos en el aire. «Y allí fuimos testigos de otro prodigio», anuncié yo ante mis dos oyentes, «mayor que el de la llegada de aquel trío». Porque delante de nuestros ojos vimos cómo la nube salida de sus labios temblaba y se mecía hasta tomar la forma de una llave. La alentaron ellos con mucho mimo para que dulcemente viniera a dar en la cerradura de la celda, por

cuyo ojo se fue adelgazando hasta desaparecer. Se abrió la puerta sin un ruido, y de los de dentro, solo Babani supo dar pasos hacia fuera, donde hizo una reverencia a los jinetes y con mucha naturalidad tomó a una de las monturas por la brida. Todavía amontonados contra la pared, le vimos acariciar la frente de aquel caballo, que por la estampa bien podía ser de Arabia, y conducirlo luego abriendo el cortejo de aquellos tres señores con la familiaridad de quien les ha precedido muchas veces y acaso muchas leguas. Los demás solo fuimos capaces de despegarnos del fondo de la celda cuando ya el ruido de los cascos se había perdido a lo lejos, en los confines oscurísimos del corredor.

Ya les decía al principio que no hay como un fuego familiar para entrar en fantasías. La novedad es que el fuego de aquella noche hubo de estar tan atento a las palabras más ardientes que acabó por consumir lo que pudieran traer de menos mérito para hacer cierto solo lo soñado. Porque el caso es que a Babani, ante la lumbre de casa, lo estaba yo añorando con mayor desconsuelo ahora que lo había puesto al servicio de los magos de Oriente que cuando en realidad dejó el barco para quedarse de farero en una punta de Timor, que es seguir en el oficio de alumbrar los mares, dejándome solo en la caldera. Y resultó que la lumbre, que volvía a temblar, parecía sufrir la misma ausencia y empezó a crecerse menos en las brasas que en los ojos de Ventura, puesto en pie de pronto y de pronto con el rostro iluminado, como si el rescoldo del hogar hubiese mudado de residencia. Le vi el mismo brillo en la mirada que el que yo acababa de ponerle a mi antiguo fogonero en las mágicas prisiones de la China. La tía y yo lo vimos subir las escaleras sin atrevernos a llamarlo, que parecía un caminante en sueños, y sin interrumpir aquellos pasos lo seguimos hasta que llegó al balcón, de donde saltó con toda facilidad al tejado para seguir, ya solo, hasta confundirse con la noche. «Vaya unos modos», expresó la tía su asombro. «Ni despedirse siquiera». La chimenea dejaba volar un humo vacilante, como un hilo de escarcha dudoso bajo las estrellas.

Por la mañana busqué las pisadas de Ventura. Como temía, dejaban atrás el tejado de su casa para abrir senda monte arriba. Corrían a perderse casi voladoras, que iban por la punta de las ramas que dejaba la nieve respirar. No sé por qué me consoló pensar que aquel hombre llevaba la misma senda que los pájaros. Con la tía anduve mohíno y retraído todo el día, con pocas ganas de hablar. Tenía yo el mal presentimiento de que mi historia había servido para que Ventura se trastornara, echándose a andar sabe Dios por qué apurados rumbos con aquella nevada que negaba todos los caminos. Pasé buena parte del día en el tejado, mirando el horizonte. Con el sol a punto de ponerse me llegó la voz de la tía por la chimenea: «¿Pero qué haces tanto rato ahí arriba, querido?». «Mirar si vienen los Reyes», le respondí.

Ante la sopa de la cena aún seguía yo callado, pendiente de imaginar a Ventura muriéndose de frío por alguna lejanía que iría cruzando con esos ojos de hombre metido en fiebres. Qué seguros me parecieron los fideos varados en el plato. «Han de tardar», me sacó la tía de mis cavilaciones. Y poniéndole mucha intención a la voz, al tiempo que se levantaba para retirar la sopa, añadió: «Los Reyes, digo. Teniendo en cuenta que ayer los mandaste a la China...».

Con la mesa recogida los dos nos sentamos junto al fuego. El sonido de las agujas de la tía parecía marcar el tiempo con más aplomo que un reloj. Yo me imaginaba que el humo salía dormido por la chimenea en busca de la noche, mecido por el arrullo de los puntos. Y a punto de dormirme estaba con esa música de agujas que también sabía poner al fuego en sueños, cuando lo que surgió del hogar fue un atropello de chispas, sobresaltadas por una voz que gritaba desde arriba: «¡Heróis do mar, levantai o braço vencedor!». Yo sí que levanté los brazos, y estiré las piernas escaleras arriba, tropezando hacia el balcón. Lo abrí de golpe y con otro movimiento del brazo rompí los carámbanos que querían ponerle rejas al ventanal. Solo entonces, tembloroso de emoción, tendí las manos al frío para ir recibiendo lo que venía del tejado.

Aún sentada junto al fuego, la tía había dejado la labor sobre el regazo para atender a los pasos que bajaban por la escalera. Al entrar en la cocina me hice a un lado para que el cortejo que venía detrás pudiera asomarse sin estorbos. Y fue así como entró en el cerco de la luz que ponían las brasas del hogar, una mujer cubierta con un velo muy largo que avanzó despacio hasta llegarse al borde de las llamas. Se inclinó junto a ellas, casi al pie de mi tía, y allí entreabrió los brazos y desenredó pliegues del manto para mostrar el tesoro que la tela recogía: la cara de un niño dormido que al calor de la lumbre se removió primero, logró entreabrir un ojo después y acabó bostezando muy desahogadamente hacia las brasas. La lumbre recogió el saludo y levantó la llama, como si correspondiera. Entonces la mujer acercó su cara a la del niño, y meciéndolo, empezó a cantarle una canción en voz muy baja. Un paso por detrás, Ventura sonreía apoyado en un paraguas.

Lo que son las cosas: de pronto, aquel negro más bien menudo, me pareció tan alto como Babani cuando apuntalaba las manos sobre el mango de la pala para descansar. Y sentí como si soplara de bolina al pie de la escalera, aunque bien sabía que aquella corriente era del balcón que había quedado sin cerrar. Subí sin hacer ruido, que abajo dormía un niño. Pero antes me asomé para ver el humo de la chimenea: salía muy blanco a templar la noche y abría en la helada un sendero redondo y músico, como el murmullo de una nana que se canta junto al fuego del hogar.

CON LOS MEJORES DESEOS DE LA REAL BIBLIOTECA PARA EL 2016